

ros, fuera del sagrado recinto del templo. Os doy las gracias por la atención que habéis prestado á mi discurso, y por el realce que vuestra presencia ha dado á esta festividad. Os encomiendo á todos mi querido plantel, y ruego al Cielo haga llover sobre vosotros todo género de bendiciones.



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SOLEMNE CONSAGRACIÓN DEL ALTAR MAYOR  
DE LA IGLESIA MATRIZ DE TAMPICO  
EL 3 DE MARZO DE 1878.





---

*Cum sanctificans aspersisset altare septem vicibus, unxit illud, labrumque cum basi sua sanctificavit oleo.*

Roció el altar siete veces al consagrarlo, y luego lo ungió; santificando después con el oleo su labio y su base.

LEV. VII, 11.

---

**L**AS prolongadas ceremonias á que habéis asistido con religiosa atención, me obligan por una parte á ser breve, y por otra con irresistible violencia me impelen á hablaros. Parece, en efecto, que debería en silencio ofrecer el eucarístico sacrificio, y dirigiros tan sólo la despedida lacónica de la Iglesia: *Ite missa est*. Terminó la consagración, acabó la plegaria: retiraos, oh fieles, que ya es hora de que el cuerpo des-



canse, tras la fatiga que todos hemos sufrido; los sacerdotes y levitas ungiendo el altar, el pueblo uniéndose á nosotros en las místicas preces.

¿Pero cómo callar en este día con tanta ansia esperado? ¿Cómo despediros sin palabras de felicitación y de alegría? Vestida la Iglesia cual la esposa que se acerca á las bodas, interrumpe por un momento el duelo justísimo en que la ha sumergido la muerte del Supremo Jerarca, para rendir nuevo homenaje á Jesucristo, Príncipe de los Pastores, que ya no muere, como nos enseña el Apóstol; y cuando con inusitada avidez os congregáis en derredor del nuevo altar, y parecéis interrogarme con vuestras miradas, ¿os dejaré partir, sin un saludo, sin un recuerdo, sin una sílaba de congratulación? No temáis, empero, que aumente vuestra fatiga, que muy breve será mi alocución.

Al ver que vuestros ojos se dirigen alternativamente al altar que acabo de ungir, y al Pastor que lo ha consagrado; al ver una legítima curiosidad retratada en vuestros semblantes, me parece que con ese mudo lenguaje, que á veces expresa más que la palabra, me interrogáis como los hijos de Israel: *Quid sibi volunt isti lapides?* ¿Qué significan esos mármoles de diversos colores, artísticamente combinados, y cuidadosamente pulidos? Ese tabernáculo resplandeciente, esa urna preciosa que nos recuerda los antiguos sarcófagos, ese monograma que parece extraído de las catacumbas, esos dorados serafines ¿de dónde han venido, á qué uso los destina la Iglesia, por qué con tanta pompa se han consagrado? ¿Qué significan decid, qué significan, esas piedras, *quid sibi volunt isti lapides?*

Oíd, oíd la respuesta á vuestra justísima pregunta. Oíd cuantos aquí os habéis congregado; ya pertenezcáis al número de los fieles que creen y practican lo que creen, ya seáis de aquellos en cuyas almas está como adormecida la fé de nuestros padres. Oíd, los que, fuera del gremio de la Iglesia, condenáis nuestros ritos y ceremonias y rehusáis participar de nuestras oblaciones. Oíd, los que, atentos tan sólo á la vida presente, os mostráis indiferentes á todas las creencias y religiones, pareciéndoos lo mismo la mezquita y el templo, la sinagoga y la Basílica. Oíd, por último, los que, admiradores donde quiera de lo bello y de lo grande, lo buscáis en todas partes, y antes que ninguna en el templo cristiano, fuente de belleza y de grandiosidad. A todos en breves palabras procuraré satisfacer.

*“Quid sibi volunt isti lapides?”* (exclamará quizás el incrédulo). ¿No basta erigir á Dios, si es que lo hay en el cielo, un altar en nuestros corazones? ¿No bastará adorarlo en el fondo de nuestros hogares?” A quien de todo duda, no se puede replicar con argumentos intrínsecos; pero si abriré el libro de la historia, y contestaré interrogando: mostradme un solo pueblo que carezca de altar. El Señor, es cierto, ha castigado á naciones enteras, privándolas de sus aras y templos; pero estos castigos han sido pasajeros, y la necesidad imperiosa de levantar una ara en que inmolar víctimas, consumir holocaustos y presentar ofrendas á la Divinidad, se ha dejado sentir siempre y en todas partes, y cuando no al Dios verdadero, los han elevado los hombres á deidades falsas, que en su aberración adoraron.

Altare tuvo Grecia y altare la Roma pagana. Ritos



y ceremonias tuvieron para consagrarlos, tan antiguos y para ellos tan santos, que hacían remontar su institución á la época mítica en que los dioses habían, según sus tradiciones, vivido entre los hombres. Aras tenía el Druida en los bosques de la Galia; aras el Britano y el Escandinavo; aras el remoto Persa y el Chino; aras el bárbaro Africano. En el adoratorio mayor de la Capital de los Aztecas ocupaba lugar prominente la piedra de los sacrificios; y en el templo del Sol, en el Cuzco, se elevaba un altar á la luminosa deidad.

Estos pueblos, con el trascurso del tiempo, habían extraviado el objeto de su culto; pero este culto y sus ceremonias habían sido reveladas por Dios y prescritas á los hombres desde el principio. Hojead, si nó, el libro más antiguo y venerable; recorred esas páginas trazadas bajo el dictado de Dios mismo, por la pluma del gran Moisés, y hallaréis á los dos primeros nacidos erigiendo rústicas aras para ofrecer sobre ellas: Cain, parte de los frutos de la tierra; el justo Abel, los primogénitos de su rebaño. Tras el asolador diluvio, contemplamos á Noé, librado del universal cataclismo, construyendo un altar, y sobre la sagrada piedra ofreciendo holocaustos á Dios su Salvador. *Ædificavit Noe altare Domino: et obtulit holocausta super altare.* Altares fabricó en Sichem y en Bethel el patriarca Abraham, y sobre otro altar colocó á su hijo, figura de Cristo, para degollarlo. Sobre un altar tenía Melquisedec el pan y el vino; é Isaac, junto al pozo de la Abundancia, fabricó también y consagró un altar en el lugar en que se le apareciera el Señor.

La figura de Jacob es demasiado dulce y simpática para que no nos detengamos á admirarla. En los ritos á que

habéis asistido, la Iglesia nos recuerda á cada instante su visión y su historia, y yo entro en su espíritu al repetirla. Caminaba el patriarca, entonces aún joven, de Bersabée á Harán, y rendido por el cansancio, tomó una de las piedras del camino, y poniéndola de cabecera, se tendió sobre el suelo para pasar la noche á las estrellas. Y vió en sueños una escala, cuyas extremidades tocaban, la una al cielo y la otra la tierra, y los ángeles por ella subían y bajaban, y el Señor se apoyaba en su cúspide; y de los labios de Jehová escuchó promesas lisonjeras, y le fué revelado que de su descendencia nacería el Redentor de los hombres.

¡Ah! con razón al despertar exclamó estupefacto: "Aquí está el Señor, y yo lo ignoraba; terrible, en verdad, es este lugar; aquí es nada menos que la casa del Señor, y me hallo en los umbrales del cielo. *Terribilis est locus iste. Non est hic aliud nisi domus Dei et porta cæli.*" Entonces tomó la piedra que le había servido de dura cabecera, y la colocó en perpetua memoria de la visión consoladora, derramando encima el oleo sagrado y dedicándola como altar.

¿Y á qué recordarnos (dirán quizá los fieles), á qué recordarnos estos monumentos de la historia Bíblica, y mencionar cada piedra unguada por los antiguos patriarcas, *quid sibi volunt isti lapides?* ¡Ah, Hijos míos! Es que todos estos altares no eran sino tipo y figura del altar sacrosanto y único en que había de ser inmolado el Cordero sin mancha; del altar de la Cruz en que había de sacrificarse Jesús de un modo sangriento: del altar cristiano en que diariamente, y bajo las especies sacramentales, se ha de ofrecer de una manera incruenta,



hasta la consumación de los siglos, Jesucristo Nuestro Señor.

Más clara y más patente se ve esta figura en el altar que Moisés fabricó por orden de Dios mismo y conforme á sus divinas instrucciones. Al recordar la aspersion de las piedras sagradas, su unción con el oleo divino, en la base y en el labio, y en derredor; la incensación con turíbulos de precioso metal, las vestiduras espléndidas y místicas del Sumo Sacerdote y de los Levitas, los candelabros y las luces encendidas á la hora del sacrificio, las trompetas con que se llamaba al pueblo y que hemos sustituido con el bronce de Campania. . . . todo, todo nos hace ver distintamente que aquello no era sino el tipo y figura del altar y ceremonias de la Iglesia Cristiana, y que en la construcción y en nuestros ritos nos conformamos al mandato de Dios.

Fuera aún de la tierra prometida tuvo lugar la ceremonia de Moisés y Aarón que os he traído á la memoria. Ya en Jerusalén el arca sagrada del Testamento, Salomón, el sabio sin rival, el rico por excelencia, construyó aquel templo magnífico, asombro de los siglos, tipo también y modelo de lo que han de ser los templos del Dios de los cristianos. ¡Cuánto ébano y cuánto oro, cuánto marfil y mármoles y jaspe no entraron en la construcción de aquel edificio y de aquel altar! Aprendamos, Católicos, á no escasear nuestros recursos ni cerrar nuestras cajas cuando se trata del culto de nuestro Redentor. Allí sólo se veneraba el arca que contenía las tablas de la Ley; aquí albergamos al Dador mismo de la Ley, y al ofrecerle mármoles y oro, á buscar para Él piedras preciosas, no hacemos sino devolverle lo suyo, y buscar

lo mejor para Aquel, de quien no es trono digno ni el cielo.

La humilde mesa del Cenáculo fué el primer altar en que la víspera de su Pasión, se inmoló á sí mismo, bajo las especies de pan y de vino, el Sacerdote por excelencia, Jesucristo nuestro Salvador. El Apóstol San Pedro, su primer vicario, se servía igualmente de las mesas, ya toscas como en casa de la tintorera Lidia, ya elegantes como en la habitación de Áquila y Priscila, ya de preciosísimas maderas y ricos entalles como en el alcázar del Senador Pudente, que le proporcionaba para celebrar los divinos misterios la caridad de los fieles que lo hospedaban. Pero, convertido al cristianismo Constantino, el Papa Silvestre ordenó que sobre piedra tan sólo pudiera ofrecerse el eucarístico sacrificio. Y con razón, Señores: el altar significa á Cristo; y Cristo es llamado en las Sagradas Escrituras, la piedra angular, la piedra fundamental que no puede ser sustituida por cimiento alguno; la piedra que, desechada por los obreros, después se puso como clave en el ángulo del edificio. Así comprenderéis el significado de las místicas unciones, no sólo con el oleo de los catecúmenos, con que todos fuísteis ungidos en el bautismo, sino también con el crisma, tres veces santo, que consagra las manos de los sacerdotes, las sienes de los Reyes y Pontífices. Comprenderéis por qué la aspersion de la marmorea mesa no fué con el agua lustral ordinaria, sino con otra, bendita con preces especiales, y mezclada con vino y con sal y con ceniza. El agua designa la humanidad, el vino la divinidad de Jesucristo: la ceniza nos recuerda su muerte; la sal su incorruptibilidad. Con esta agua simbólica compuse, como visteis, la sa-



grada argamasa que debía cimentar esas otras piedras más ricas que el jacinto y la esmeralda, más preciosas que el diamante y el topacio: las reliquias de los santos de Dios.

Os hablé del altar de la Cruz, de la mesa de la Cena, de las piedras de los antiguos patriarcas y de las cosas prescristas para el sacrificio por el ritual de Silvestre. ¿Qué nuevas piedras son éstas, me diréis, que llamáis reliquias de los santos, piedras extraídas no de las canteras de Carrara ni de las minas del Brasil, sino sacadas después de varios siglos de la profundidad de los sepulcros: *quid sibi volunt isti lapides?* Escuchad.

La cuna del cristianismo se meció entre las tumbas. Ya fuese en la profundidad de los *arenaria*, como en las catacumbas de Calixto; ya al aire abierto como en el cementerio Ostriano, el lugar de descanso de los difuntos proporcionaba también á los vivos un asilo en tiempo de persecución. Allí por más de un motivo podían con seguridad comparativa reunirse á celebrar los divinos misterios, y las lápidas sepulcrales y los sarcófagos suministraban los utensilios más á propósito para la oblación del sacrificio. La Fé enseñaba á los cristianos, que al acompañar á sus hermanos á la última morada, no era para darles el eterno adiós, el *æternum vale* de los antiguos, sino para depositarlos en su dormitorio por breve tiempo, para componerlos pacíficamente, *compositus in pace*, como en su lecho bendito, hasta la hora de la resurrección. A la manera que la madre vela el sueño del hijo querido, y se complace al considerar que sueña con los ángeles y que su alma inocente disfruta de dulces visiones que no á todos es dado gustar; así los discípulos

del Crucificado pasaban los días y las noches orando fervorosos y velando á guisa de centinelas, *excubias agentes*, junto á los cadáveres bienaventurados de los que habían muerto en el Señor. Y si, á la santidad de vida del difunto hermano, se agregaba la certeza de su inmediato paso á la bienaventuranza, producida por la corona del martirio, entonces la veneración se redoblaba, y las preces en vez de ser *por* el que acaba de dejar á este mundo, eran *á él* dirigidas, obedeciendo los mandatos, y siguiendo preceptos, aún frescos, del Redentor. ¿Qué mejor altar, que estos preciosos restos? ¿Sobre qué objeto podía mejor inmolearse la inmaculada Víctima del Calvario, que sobre los huesos triturados y los cuerpos exangües de aquellos que, sin temor á los tormentos, habían devuelto al Salvador la vida que Él diera por ellos? Y muchas veces el sacro pan y el vino se ofrecieron no sólo sobre el cuerpo muerto, sino sobre el pecho vivo y el corazón aún palpitante del confesor de la Fé, que al día siguiente iba á ser devorado por las fieras ó pasado á cuchillo por el verdugo.

La Iglesia que no cambia, la Iglesia que es hoy la misma que cuando brotó del abierto costado del Redentor, no sólo guardó estas bellas tradiciones, y estos usos tan dulces como píos, sino que al restablecerse la paz y sentarse ella cual legisladora en el trono de los derrocados Césares, nos los impuso por ley imprescindible. Así es que anoche, obedeciendo al rito, *egimus excubias*, vinimos á velar y á orar junto á las sagradas reliquias que hemos depositado bajo la lápida marmorea en que vamos á celebrar los divinos misterios. ¡Oh huesos venerandos de los gloriosos mártires y obispos Apolinar y